

El vuelo de la grulla

De Ana Istará

PERSONAJES:

María Luisa
Esteban, su esposo
Doña Berta, su suegra

Cocina y comedor de una casa modesta. Mesa, armarios para almacenar víveres y en fin, todo el mobiliario pertinente. Al fondo, puerta que da a la calle, probablemente no la principal de la casa, sino la de servicio. Mesita con teléfono. María Luisa, de unos veintipocos años, vestida sencillamente y cubierta por un delantal, barre el piso. Esteban, de unos treinta, trabaja en la mesa. Viste con colores severos. Es domingo, antes del mediodía.

Ma. Luisa: (Detiene su labor. Con resolución y serenidad). No barro un solo centímetro más.

Esteban: (Mientras transcribe datos de formularios a pequeñas tarjetas). ¿Por qué?

Ma. Luisa: Estoy cansada. Tengo los dedos reventados y la espalda me está ardiendo.

Esteban: Ahorita llega mamá. Es mejor que la casa esté limpia. Ya sabés que ella se fija.

Ma. Luisa: Ni un solo centímetro más.

Esteban: Yo también quisiera estar descansando, pero debo trabajar. Y lo hago. Punto.

Ma. Luisa: Es distinto.

Esteban: No veo la diferencia.

Ma. Luisa: La diferencia está en la palma de la mano. La mía parece un pedazo de leña seca.

Esteban: La diferencia está en que yo soy el que tiene que inclinarme el lomo al jefe y soportar improperios muy sencillamente, correr para complacerlo, sudar de angustia para llenar la cuota semanal. Es gracias a mí que tenés una casa que barrer. Otra no se quejaría tanto.

Ma. Luisa: Una casa que barrer. Que limpiar, que restregar, que frotar. Un agente de seguros por lo menos camina por las calles, conoce personas distintas, se entera de las cosas que ocurren.

Esteban: Si tuvieras que hacerlo no te parecería tan sencillo.

Ma. Luisa: Estoy cansada.

Esteban: Esta casa no es tan grande como para agotar a una mujer joven.

Ma. Luisa: Es precisamente eso. En realidad no tengo más que barrer el piso, lavar las sábanas, cortar las cebollas y vuelta al piso. O no hacer nada. Y eso es peor. Cuando todo está en orden y no se oye ni un ruido, estoy tan sola que pienso que ya nadie va a tocar la puerta, que todos se olvidaron de mí.

Esteban: ¡Qué tonterías! (Le acaricia la cabeza). Lo que hace falta aquí es un hijo o dos que armen ruido.

Ma. Luisa: (Sin ganas). Sí.

Esteban: Hoy no tenés cara de quererme mucho.

Ma. Luisa: (Abrazada a su esposo). Claro que te quiero. Lo que pasa es que estoy rara, como perdida.

Esteban: A ver.

Ma. Luisa: (Con angustia). Me cuesta tanto explicarlo. Hace tiempo que me preparo para decírtelo.

Esteban: ¿Qué pasa?

Ma. Luisa: (Lo mira. Se ríe). Es una historia. (Ríe de nuevo). Pro-

méteme que no te vas a burlar de mí.

Esteban: Bueno.

Ma. Luisa: Cuando iba al colegio había muchas cosas que me daban miedo. Los muchachos, qué sé yo, no tener dinero y no poder comprar vestidos bonitos. No casarme. Eso durante el día. Pero por la noche era distinto. Leía mucho a escondidas de mamá. Ella encontraba que lo que leía no era apto para señoritas. ¿alguna vez leíste "Roldán el temerario" o "El Fantasma"?

Esteban: No me acuerdo.

Ma. Luisa: Yo sí. Y otros muchos: "Tarzán", "El Príncipe Valiente". Eran fantásticos, extraordinarios. Vivían en lugares escondidos, siempre estaban a punto de morir y de pronto, ¡plaf!, se salvaban de leones, flechas envenenadas, naves intergalácticas. Era tan lindo, con rayos laser, anémonas gigantes o canoas que se caían como cascarritas de maní en unas tremendas cataratas. Y a él nunca le pasaba nada. Se agarraba de una rama o regresaba nadando a la orilla. Eso cuando no salía sobre un caimán. Porque dominaban las bestias feroces y tenían poderes sobre muchos elementos.

Esteban: ¿Qué tiene que ver todo ese enredo con nosotros?

Ma. Luisa: ¡Esteban! No seas malo. Nunca te había contado estas cosas. Prometiste no burlarte.

Esteban: Te estoy escuchando.

Ma. Luisa: (Entusiasmada). Bueno. Entonces yo leía ... y quería ser como ellos. Pensaba que era poderosa y que nadie me podría humillar nunca. Empecé a inventarme historias estupendas, en las que podía volar y dejaba con la boca abierta a todos los que me molestaban, al director del colegio, a María Esther, que al final se quedó con el rubio de cuarto año; y me puse un nombre; quiero decir, a esta mujer de mentiras, que también era yo ...

Esteban: Sos una chiquilla.

Ma. Luisa: (Cada vez más entusiasmada, se sube a una silla). ¡Leandra la invencible, señora de las grullas!

Esteban: (Se ríe). ¿Cuál señora invencible? Estás loca de remate.

Ma. Luisa: Señora de las grullas. Es un animal, un ... un pájaro grande que se pasa volando. Yo lo estudié y me acuerdo que era muy bonito. Además suena tan especial: "señora de las grullas". Sólo yo podía entenderlo (Toma el mantel, se lo pone como un manto y hace que vuelva). Volar, volar tan alto, seguida por docenas, cientos de grullas ... ¿blancas? El viento frío se me mete debajo de los brazos, se me hunde en la nariz, me hiebla la nuca. "De pronto, en el cielo de la noche, Leandra, rodeada de su séquito de grullas y garzas, se dirigió a la isla perdida del Mago de la Muerte, donde su amado se encontraba prisionero en el oscuro calabozo ...", no, "en una caverna sombría".

Esteban: (Riéndose). Estás loca, pero me gusta.

Ma. Luisa: "Sus fieles alcaravanes la defendían de las cobras que infestaban el lugar. (Se sienta en la silla, de cara al respaldar). Montada en su emú, la reina de las grullas y los pelícanos ..."

Esteban: ¿En su qué?

Ma. Luisa: En su emú. Preguntás demasiado. Es como un camello, pero un pájaro, y no existe de verdad; creo. "La reina se acercó a la Caverna Sangrienta y arrastrándose por



ANA ISTARU

entre la maleza de la selva (se arrastra por debajo de la mesa hasta llegar a Esteban) llegó a los pies de su amado, el rubio de cuarto año ..."

Esteban: ¡Pero qué desgracia! ¡No soy yo!

Ma. Luisa: "... y con sus dientes felinos destrozó las ataduras que lo lastimaban". (Mordisquea los pies de Esteban).

Esteban: ¿Ahora me vas a alzar en brazos? (Va al suelo junto a ella y la besa en la boca, sin contener un poco de pasión que el juego le ha despertado).

Ma. Luisa: (Riendo). Te quiero. (El la besa aún más). ¿Y vos, me querés?

Esteban: Sí.

Ma. Luisa: Qué bueno. (Pausa). Esteban, tengo algo serio que decirte.

Esteban: (Continúa acariciándola). ¿Ah, sí?

Ma. Luisa: Quisiera trabajar fuera de la casa. (El se detiene). Sé que no soy ninguna heroína de tira cómica, más bien soy poca cosa. Pero hay que intentarlo: salir, hacer algo. Ganar dinero, que mal no nos caería. O qué sé yo, estudiar.

Esteban: ¿De dónde sacás esas ideas? ¿No estás contenta aquí?

Ma. Luisa: Sí, estoy bien; pero si no lo hago ahora, no lo hago nunca. Se está yendo el tiempo.

Esteban: Antes estabas conforme. No pensabas en eso.

Ma. Luisa: Sí, ya sé. Acepté quedarme en casa.

Esteban: ¿Entonces?

Ma. Luisa: Fue un día de estos. Estaba cosiendo. Oía el radio y de pronto empezaron a hablar de antropología. No sé bien qué sea eso, pero hablaban de alguien de importancia, que había presentado una tesis ... Había una discusión sobre esta tesis en la Universidad y varias personas opinaban. Era de una mujer, La Licenciada Aguilar.

Esteban: ¿Quién es?

Ma. Luisa: María Esther Aguilar. ¡María Esther! Estábamos juntas en la misma clase. Yo siempre fui mejor que ella. Existía una especie de competencia entre las dos. Ella era más popular, pero yo mejor estudiante. Nunca supe

más de su vida. Y ahora, hablan de ella en el radio, tienen títulos, escribe. Me pregunté qué pensaría de mí si se apareciera de repente, con todos sus premios y sus aretes dorados, y me viera remendando medias viejas. Me dio vergüenza.

Esteban: ¿Así que querés salir en los periódicos?

Ma. Luisa: No te pongás pesado.

Esteban: Querés volver a tu vida de soltera justo cuando podríamos tener un hijo.

Ma. Luisa: Precisamente. Si no hago algo ahora después será tarde. Voy a estar demasiado atada.

Esteban: Podrías haberlo pensado antes.

Ma. Luisa: No lo pensé, pero lo intuí. Era como un ahogo, un susto, un punto amargo en la boca. Pero fue esa tarde, en que me ví junto a María Esther. Me sentí tan pobre. Entonces comprendí todo. Mi miedo a quedar embarazada, las noches recordando mis diarios viejos, mis proyectos.

Esteban: No me habías contado nada.

Ma. Luisa: No. Tenía miedo de que te resintieras. Cuando alguna vez traté de hablar del asunto te irritaste, cambiaste de tema. Empecé a recordar mi historietita de Leandra, mis sueños de grandeza y tomé valor. Valía la pena no soñar por una vez y hacer las cosas.

Esteban: ¿Y qué pensás hacer?

Ma. Luisa: Puedo empezar de oficinista, de recepcionista en una empresa. Casi tengo el bachillerato y escribo a máquina.

Esteban: De ningún modo.

Ma. Luisa: ¿Por qué?

Esteban: No me vas a cambiar la vida porque un día para otro te das cuenta que no sos astronauta o jefe de estado. ¿Para qué querés tu propio dinero? ¿No estás contenta con lo que gano?

Ma. Luisa: No es tanto por el dinero. Es como una cosa que me hiere adentro: todos hacen algo, saben quiénes son. El que vende pan, el hombre de la ferretería. Hasta el que maneja un tren hace algo, va a alguna parte.

Esteban: ¿Acaso lo que hacés en la casa no sirve para nada?

Ma. Luisa: Sí sirve, pero creo que puedo hacer cosas mejores.

Esteban: ¿No es lo mejor para una mujer cuidar su hogar? ¿Acaso mamá salió nunca a trabajar a la calle?

Ma. Luisa: ¡Tu mamá! Sí, de eso es de lo que estoy cansada. Entre nosotros no puede tomarse una decisión por simple que sea, sin que venga ella a dirigir, a opinar, a ordenar.

Esteban: ¡María Luisa! ¡Te prohíbo que hablés así de mamá!

Ma. Luisa: ¿Así que es bueno lo que hago en casa?

Esteban: Claro.

Ma. Luisa: Entonces, hacélo conmigo, y yo también podré ir a la calle, como los otros. Por lo que hago ahora, ¿quién me paga?

Esteban: Yo.

Ma. Luisa: No quiero ser tu empleada.

Esteban: No quise decir eso.

Ma. Luisa: Pero es cierto. ¡Quiero ser algo un poco más útil que una escoba! ¡No puedo pasarme la vida soñando que vuelo sobre el Nilo!

Esteban: ¡Mi esposa no trabaja fuera de su casa!

Ma. Luisa: ¡Pues tampoco adentro! (Sentándose en una silla).

¡No lavo un solo plato más, ni aplancho una camisa ni hiervo un huevo y se acabó! (Pausa).

Esteban: ¿Y qué vamos a comer? ¿Vas a dejar que la mugre trepe por las paredes de tu casa?

Ma. Luisa: ¡De "nuestra" casa! ¿Querés que esté limpia?

Esteban: ¡Por supuesto!

Ma. Luisa: Pues limpiá. (Le ofrece la escoba con que barría).

Esteban: (Desconcertado). ¿Y por qué yo, si vivimos aquí los dos?

Ma. Luisa: ¿Y por qué yo si vivimos aquí los dos?

Esteban: Eso es cosa de mujeres. Siempre ha sido así.

Ma. Luisa: ¿Quién te metió ese cuento? ¿Ya porque tu abuela y tu bisabuela y la que parió a tu requetetratarabuela limpiaban el piso, yo también tengo que tragar lejía como una imbécil, sólo porque me casé apenas dejé de orinarme en la cama, en lugar de luchar por ser alguien capaz de construir cosas más perdurables que un plato de macarrones? (Solloza con rabia). ¡Siempre ha sido así! ¡Ya porque los negros siempre habían dejado el pellejo en los algodones, nacieron para esclavos de los blancos, y de ahí no podían pasar! ¡Tu lógica es repulsiva!

Esteban: ¡Eso es otra cosa! ¡Y yo nada he dicho de los negros!

Ma. Luisa: ¡Pues yo sí! ¡Y digo que peor que haber sido negro, debe de haber sido una negra, porque es ser la esclava de un esclavo!

Esteban: (Herido). ¿Si no querías esta vida, por qué te casaste conmigo? Yo nunca te engañé.

Ma. Luisa: No me daba cuenta de nada. No tenía juicio.

Esteban: Ahora es que no lo tenés. He sido un marido justo, recto. Me duelen tantos reproches sólo porque no me rebajo a hacer un trabajo que no me toca. Si no querés cumplir con tu obligación, por lo menos podrías hacerlo por el amor que me tenés; espero.

Ma. Luisa: (Dulcemente). Claro que lo haría por eso. Si lo hiciéramos juntos, por igual. ¿No serías capaz de barrer el piso solo por el inmenso amor que me tenés?

Esteban: Lo que pasa es que sos una pretenciosa, y estás insatisfecha porque tu marido no gana lo suficiente para contratarte sirvientes.

Ma. Luisa: ¡No quiero sirvientes, quiero compartirlo todo! Las responsabilidades, los problemas, las ollas sucias. Sé que ahora no puedo ganar como vos, porque no tengo ni un título, pero tengo que tratar y vos debés ayudarme.

Esteban: Me enferma tu manera de hablar, tan complicada, con ideas que no sé de dónde las sacás. Desde que éramos novios, me humillaban tus aires de inteligencia. La señorita leyó tal cosa. ¿Yo de qué puedo hablar? De la oficina. De los muchachos. Me interesan las cosas simples: el domingo el estadio, los sábados el cine, mi mujer en mi casa. (Le toma una mano sin mirarla). Me gusta mi mujer esperándome a las cinco. Desde que nos casamos pensaba en que tuviéramos un hijo, uno nomás para enseñarle a ser un hombrecito, para que se llame como su padre y su abuelo, y tampoco has querido. A mí me gustan los niños. A mamá también le gustaría ser abuela. A veces me pregunto si me querés todavía. Yo no sé hacer estas historias tuyas, como esa Reina de Saba o qué sé yo; sólo sé que te quiero y hago lo mejor que puedo.

Ma. Luisa: Yo también quisiera tener un bebé. ¿Pero qué madre sería yo? Primero tengo que poder ofrecerle algo, saber qué hay que enseñarle. Es curioso. Nunca pensás en tener una hija.

Esteban: Sí, sí, también. Después.

Ma. Luisa: Yo también te quiero. Pero creo que no soy la misma que se casó con vos.

Esteban: Y yo sí soy el mismo que está en la foto de la boda. ¿No es eso?

Ma. Luisa: No es tu culpa.

Esteban: Pero tengo que pagar el castigo.

Ma. Luisa: Tampoco es culpa mía. Esteban, mañana pienso ir a buscar trabajo.

Esteban: No, mi amor.

Ma. Luisa: Soy libre de hacer lo que quiero.

Esteban: Dejemos aquí las cosas.

Ma. Luisa: No podés impedírmelo, así que prefiero que lo sepás.

Esteban: No.

Ma. Luisa: ¡Quiero ir!

Esteban: ¡No!

Ma. Luisa: ¿Por qué no?

Esteban: ¡Porque no lo vas a conseguir, o sólo te van a ofrecer porquerías, puestos que no son para vos, y porque tiene que haber alguien en la casa! ¡Si no esto no es un hogar!

Ma. Luisa: Tal vez sí lo consiga.

Esteban: Vos misma dijiste que no tenés el bachillerato.

Ma. Luisa: Vos apenas tenés un poco más que eso y además yo siempre saqué mejores notas.

Esteban: ¡Mentiras! Bueno, tal vez, ¿y qué? Eso no cuenta. Quizás lo que estás buscando es conocer otros hombres.

Ma. Luisa: ¿Cómo te atreves siquiera ...?

Esteban: ¡Dije que quizás! Ya ni sé qué pensar.

Ma. Luisa: Si no me dejás ir, me voy, Esteban.

Esteban: ¿Cómo?

Ma. Luisa: Que me voy. (Pausa).

Esteban: ¿Que te vas?

Ma. Luisa: Sí.

Esteban: ¿Así es como querés pagarme todo lo que te he dado estos años? ¡Vergüenza tendría que darte! ¡He estado viviendo con una intrusa! ¡Con una mujer con el corazón torcido, que en el fondo me desprecia!

Ma. Luisa: ¡No es cierto! ¡Cuando he dicho que te quiero he sido honesta! ¡Y te quiero todavía! Pero es distinto. ¡No puedo seguir aquí, oyéndote gritarme cada vez que te contrarío! ¡Ya no soporto! (Se quita el delantal y lo deja caer sobre la mesa. El la toma del brazo).

Esteban: ¿Adónde vas?

Ma. Luisa: No sé.

Esteban: ¿Adónde creés que vas? ¡Quien manda aquí soy yo, con todo el carajo! ¡Vos no das ni un paso!

Ma. Luisa: ¡Sí! ¡Déjame!

Esteban: Está bien. (La suelta). ¿Adónde vas?

Ma. Luisa: Regreso donde mamá.

Esteban: Bastantes problemas tiene ella sola para que la mortifiques.

Ma. Luisa: Bueno, me voy donde Claudia.

Esteban: ¿Vos que creés que Aldo te va a mantener así no más, por tu linda cara? ¿Dónde vas a dormir, si apenas tienen donde meter a los hijos? Además, tarde o temprano tendrías que irte a recoger, y sería humillante regresar así. Quedate, María Luisa.

Ma. Luisa: Mamá nunca me negaría ayuda.

Esteban: Apenas le alcanza con la pensión. ¿Con qué te va a dar de comer?

Ma. Luisa: ¡En algún lugar cabré! ¡A alguien tendré que importarle!

Esteban: ¡A mí me importás! ¡A mí!

Ma. Luisa: ¡No lo bastante como para que mi opinión valga más que la de tu mamá, por ejemplo! ¡Compramos esta mesa de madera oscura, porque tu mamá siempre quiso tener una así y no de pino, como yo deseaba! Tomamos avena mañana y tarde, porque ella dictaminó que es indispensable para la salud, y que un miserable mortal es incapaz de tenerse en pie si no está saturado de avena hasta el cuello! ¡Es ella quien decide qué ropa comprás!

Esteban: ¡Siempre le tuviste rencor, a pesar de que te aprecia! Yo fui el único que le quedó sin casar por mucho tiempo, y es normal que nos apegáramos tanto. Podría haberla traído a vivir con nosotros, más aún habiéndolo insinuado ella, pero sólo por vos no lo he hecho.

Ma. Luisa: Vos no has crecido.

Esteban: ¿Qué te pasa? Antes me admirabas. Encontrabas que no había hombre más bueno en mil kilómetros a la redonda. Podía enamorarte con ramitos de pensamientos que compraba en la Avenida, y eso bastaba. Ahora todo se ha vuelto complicado. Ya no te deslumbro con mi camisa blanca y mi corbata, soy como cualquier otro infeliz, y si quisieras irte, no podría decirte lo necesario para retenerte junto a mí. Es cierto. Has cambiado. Andate, María Luisa.

Ma. Luisa: (Pausa). Tengo miedo.

Esteban: ¡No quiero verte! ¡Andate, que me estás haciendo daño!

Ma. Luisa: (Duda). Déjame hacer mi vida como todos, conseguir un empleo.

Esteban: No.

Ma. Luisa: ¡Por favor! ¡Es tan poco lo que te pido!

Esteban: Tengo una casa y allí quiero a mi mujer.

Ma. Luisa: ¡Me ahogo de rabia! ¡No me dejás respirar!

Esteban: ¡Andate, y si te quedás, ya sabés que yo tengo la última palabra! ¡Estoy harto de que querás decirlo todo! ¡Una esposa sigue a su marido, porque así debe ser, y no hay una ley humana que lo cambie! ¡Yo sé cómo protegerlo!

Ma. Luisa: ¿Y de vos quién me protege?

Esteban: ¿Pero qué mal te he hecho yo? ¡Maldita puñalada me tenías, egoísta, mezquina! ¡Buena víbora tenía yo entre mi casa! ¡Podés irte a podrir a los infiernos! ¡No quiero verte! ¡No quiero verte más!

Ma. Luisa: ¡Cállate la boca! ¡No me lastimés así! ¡Yo te he querido, Esteban!

Esteban: ¿Y yo no? ¿No fui yo quien se casó con vos, a pesar de que ya te habías acostado conmigo? ¿Qué habrías hecho si te dejo sin la boda, sin esta casa que tanto te martiriza?

Ma. Luisa: (Horrorizada). Nunca me habías dicho eso.

Esteban: ¿No es eso amor, aunque ya no eras digna de ser mi esposa?

Ma. Luisa: (Lentamente). Me acosté con vos porque me lo pediste. Porque estábamos enamorados.

Esteban: No creí que llegaría el día en que fuera necesario decirte lo.

Ma. Luisa: Hemos dormido cientos de noches entre las mismas sábanas y somos dos extraños. Yo no te conozco. No ... No sé quién es. (Toma el monedero del bolsillo del delantal y se dirige a la puerta de la calle).

Esteban: (Amenazante). ¡María Luisa! (Ella abre la puerta y aparece doña Berta, que estaba a punto de llamar. Es una mujer madura, entrada en carnes. Viste convencionalmente, aunque con un ligero mal gusto).

D. Berta: Buenos días. ¿Qué tal? (La besa) ¿Iba a salir?

(María Luisa no responde).

Esteban: No, no.

D. Berta: (Cerrando la puerta). ¿Cómo han estado?

Esteban: Bien.

D. Berta: Yo estoy agotada. Con el sol que hace, y esa cuesta que un día me va a matar. (Besa a Esteban). ¡Ah! María Luisa, mil gracias por la yerbabuena que me mandó el otro día.

Ma. Luisa: No es nada.

D. Berta: Me alivió mucho. (Se sienta). ¿Esteban le dijo que yo necesitaba?

Ma. Luisa: Sí.

D. Berta: Cuesta tanto conseguirla fresca. (Pausa). ¿Y ustedes qué cuentan?

Esteban: Nada. Trabajando.

D. Berta: Ojalá en diciembre te dieran ese aumento. Así alcanzaría de sobra para traer a esta casa otro inquilino. (Sonríe). Y no estoy hablando de un gato. (A María Luisa). Ya no podría decirnos que no, ¿verdad María Luisa? (Pausa). ¿Qué pasa? ¿Acaso dije algo malo?

Esteban: Dejala, mamá.

D. Berta: ¿Qué tiene?

Esteban: Tonterías. Amaneció de mal genio.

D. Berta: A todos nos pasa alguna vez. Sólo espero no molestarlos.

Esteban: De ninguna manera. Lo que ocurre es que si uno es un buen marido, trabajador y serio, se imaginan que pueden hacer con uno lo que les de la gana. Pero mi casa es mía, y yo decido lo que se hace en ella.

D. Berta: Bueno, es de los dos.

Esteban: No, porque María Luisa ni siquiera sabe comportarse como una mujer.

Ma. Luisa: Si alguna vez he sabido lo que hago es ahora.

Esteban: Para eso sirve querer y despojarse de todo.

D. Berta: ¿Pero qué estás diciendo? ¡Esteban! Así no se le habla a una esposa.

Esteban: ¿Ah, no? Pues ella me iba a abandonar. ¿Así se trata a un marido? ¿Así?

D. Berta: ¿Cómo es eso? No puede ser tan serio. ¿Alguna discusión de enamorados?

Esteban: Decidí no trabajar más en la casa, a menos de que la deje ir a buscar empleo.

D. Berta: ¿Ah, sí?

Ma. Luisa: Sí.

D. Berta: ¿Pero cómo se iba a ir? ¿Abandonar a Esteban? Usted misma se hubiera arrepentido en seguida. Yo sé lo que son esas cosas. Son riñas pasajeras, se lo aseguro. Los primeros años son los más difíciles.

Ma. Luisa: No queríairme. Quiero trabajar.

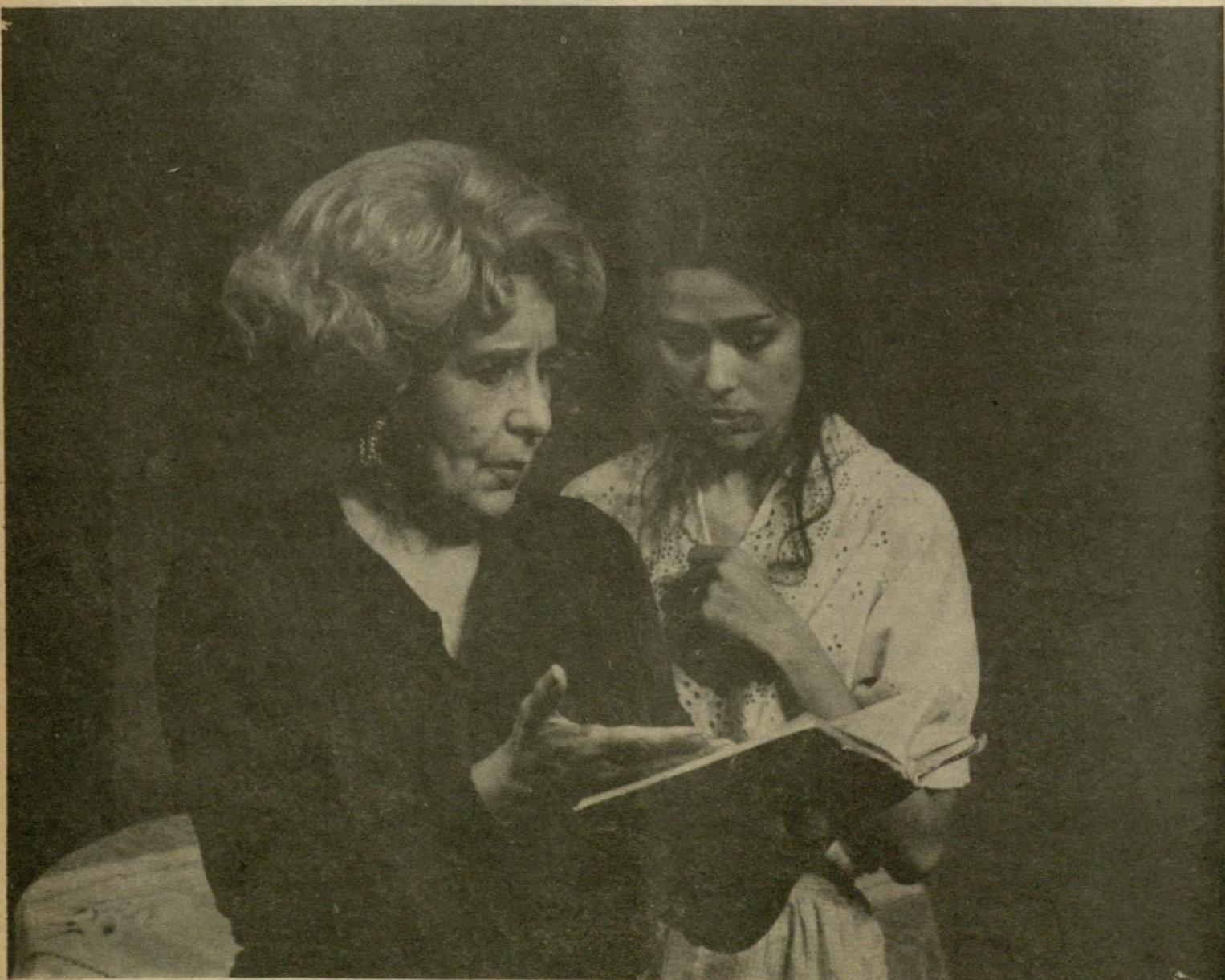
D. Berta: ¡Bien comenzamos la mañana! Nunca me hubiera imaginado. Oígame, m'hijita, que las viejas somos mañosas: ¿qué necesidad tiene de exponerse a la vida fuera de su casa, con la corrupción y las malas costumbres de la gente? Además, seamos realistas, ¿en qué podría trabajar? ¿Quién le va a dar un empleo?

Ma. Luisa: (Sin aliento). Tal vez consiga algo.

D. Berta: Mejor piénselo. Esteban a veces se ofusca, y qué le vamos a hacer, les ha costado un poco adaptarse. Pero es la mujer quien está llamada a tener paciencia. Yo no quiero meterme en sus asuntos, pero es cuestión de poner un poco de empeño. ¿Por qué no le pide perdón y olvidan el asunto?

Ma. Luisa: ¿Perdón? ¿Por qué?

D. Berta: No, no, yo decía, nomás. No es que usted sea una caprichosa que abandona a su marido sin razón. Yo sé



que son sus nervios, linda. Está agotada. Así nos pasa a las mujeres.

Esteban: Lo que ocurre es que en el fondo me desprecia, se cree superior.

Ma. Luisa: No.

D. Berta: Tendría que descansar.

Esteban: Eso es lo que se propone.

D. Berta: Bueno, Esteban, tampoco la acosés así. Ella tendrá sus razones; por algo se siente mal. En ese caso yo podría ayudarles un poco. (Mirando a su alrededor). A ver, pongamos orden. Habrá que preparar el almuerzo. ¿Quiere un vaso de agua, una pastilla? (María Luisa niega con la cabeza).

Esteban: Gracias, mamá. (A María Luisa). ¿No querés recostarte?

Ma. Luisa: No.

Esteban: Dormir un poco no te ..

Ma. Luisa: No. (Se sienta sin mirarlo).

D. Berta: Perdón, ¿dónde estará la sartén?

Esteban: No sé, ahí abajo, tal vez.

D. Berta: Sí, aquí está. (Lo toma y lo observa meticulosamente. Lo sacude bien con un limpión y de nuevo lo examina. Mirando en un armario). ¡Dios mío, como que por aquí también pasó el ciclón! (Sonríe). Una buena sopa para aclararnos las ideas ... (Empieza a sacar latas y granos, que coloca sobre la mesa). ¿Quién come aquí garbanzos? Es lo más dañino para la digestión. ¿Pero qué es esa cara? Ya pasó todo. Esteban es muy comprensivo.

Ma. Luisa: ¿Qué hace?

D. Berta: Pongo orden. Si no puedo cocinar. ¡Ay, qué penal! ¿Quiere que lo acomode como lo tenía? Espero que no se haya molestado.

Esteban: Claro que no importa, mamá. (Le acaricia el pelo a María Luisa). Mi amor ...

Ma. Luisa: ¡No me toqués!

Esteban: ¿Por qué no? Soy tu marido. (Continúa acariciándola con suavidad).

Ma. Luisa: Déjame. (Se sacude con histeria).

Esteban: No quiero. (Continúa, siempre lentamente).

Ma. Luisa: ¡Yah! ¡Que me dejés! (Solloza).

D. Berta: ¿Pero no ves que la pobre se siente mal? ¡Muchacho, no la toqués! ¿Para qué empeorar las cosas? (A María Luisa). Tranquílcese, por favor. (Sigue con lo suyo. Saca unas viejas servilletas de tela). ¿Qué es esto? Está hecho pedazos.

Ma. Luisa: Servilletas.

D. Berta: Guardar esto es llamar la miseria. ¿Qué pensaría una visita? (Va a botarlas a la basura).

Ma. Luisa: Yo las hice. Por eso las tengo. Póngalas donde estaban.

D. Berta: (Herida). Perdóneme, yo no sabía. Yo sólo quiero ayudar. Soy vieja y me equivoco.

Esteban: Dame, mamá. (Las bota). No le hagás caso a esa insolente.

D. Berta: ¡Ay, no quiero que discutan por mi culpa!

Esteban: Que no te preocupés.

D. Berta: (Continúa sacando cosas, de las que bota algunas al basurero, casi todo papeles, frascos, alguna taza rajada). En fin, la familia tiene que estar más unida que nunca cuando hay problemas. Tal vez sería bueno que los acompañara por algún tiempo, mientras María Luisa se repone y vemos que solución encuentra. (Saca del fondo de una gaveta "La jangada" de Julio Verne, o algún libro similar). ¿Y esto qué hace aquí? ¿Qué cosa más rara.

Ma. Luisa: Deme eso.

D. Berta: (Molesta). Podría pedírmelo sin grosería. Se llena la cabeza de basura y después no quieren lavar ni un plato.

Ma. Luisa: ¡No toque nada más! (Se lo arrebató).

Esteban: ¡Estate quieto!

Ma. Luisa: ¡Estoy harta!

D. Berta: ¡Yo qué le he hecho? La verdad es que lo que te ha faltado es amarrarte los pantalones. (De pie). ¡Váyase de aquí!

Ma. Luisa: ¡Esteban!

D. Berta: (Se sienta por la fuerza). ¿Te vas a callar o no?

Esteban: ¿Cómo es posible que me eche de esta casa, a mí, que la acepté en mi familia, que le entregué mi hijo? ¡Bonita hipócrita! ¡Es la misma sangre tibia de su madre! ¡Aquí me quedo, porque Esteban me necesita! (María Luisa bota todas las cosas que doña Berta ha ordenado).

D. Berta: ¡Que se largue de una vez!

Ma. Luisa: (Abofeteándola). ¡Imbécil! (María Luisa no se mueve).

D. Berta: (Gimoteando). Está peor de lo que pensaba. ¿Por qué me pasa esto? ¿Qué mal he hecho yo nunca, Dios mío?

Esteban: (Angustiado por lo que acaba de hacer). Si no se hubiera puesto en ese estado no habría tenido que llegar a tanto! ¡Es culpa de ella!

D. Berta: ¡Tener a estas edades que soportar malos tratos! ¡Yo que todo lo he dado por mis hijos, que a nadie ofendo, viviendo íngnima, sola con mis muertos!

Esteban: (A María Luisa). ¡Me sacás de mis casillas! ¿Me ofés? (La sacude. Ella no se vuelve).

D. Berta: (Sentándose, con la cabeza entre las manos). Me siento mal.

Esteban: ¿Qué tenés?

D. Berta: Quisiera morirme.

Esteban: No digás tonterías.

D. Berta: ¡No me dejes sola!

Esteban: Claro que no. Quedate con nosotros; será lo mejor para todos. ¿Querés que traiga tus cosas?

D. Berta: ¡Por favor!

Esteban: (Se va a ir). ¡Le he dado lo mejor que he podido!

D. Berta: ¡No quiero quedarme sola!

Esteban: Necesito aire. Ya no entiendo nada.

D. Berta: ¡Vamos por un poco de ropa! Estoy temblando.

Esteban: Ya, mamá. No puedo seguir entre estas paredes. Lamento haberlo empeorado todo.

D. Berta: No es culpa tuya.

D. Berta: En fin. Vamos. (Mirando a María Luisa). Yo siempre supe que un día llegaríamos a esto. (Salen, María Luisa no se mueve. Esteban regresa, agitado).

Esteban: No se te ocurra salir. Mas vale que no te pasen estupideces por la cabeza. ¿Vas a hacerme caso? ¿Eh? ¡Contestame! (La sacude de nuevo). ¿Por qué no querés hablarme? (La abraza por detrás y hunde la cabeza en su cabello). ¡Por favor, María Luisa! ¡No quise hacerlo! ¡Es la primera vez que me pasa! ¡Habla! (Con rabia). ¡Decí algo! ¡No soy un criminal que ni siquiera merece que lo miren! (La suelta). Bueno, si eso es lo que querés, habrá que tener mano dura. Salgo un momento y quiero encontrarte cuando regrese. ¿Entendido? (Al salir toma el monedero, que había quedado sobre la mesa y mira el contenido, lo arroja). ¿Adónde querías ir con eso? (Sale).

Ma. Luisa: (Continúa inmóvil unos instantes. Luego mira por la ventana y corre al teléfono. Marca un número con precipitación). ¿Aló? ¿Aló, mamá? Bien, sí. Bueno, tengo un problema ¿cómo decir?... ¿La respiración? Habrá que ver de nuevo al médico. Lo siento mucho. Yo llamaba ... No, no no sé el número. Aló, mamá. ¿Qué? Me cuesta oír ¡Creo que se está metiendo una línea! (Llorando) ¿Aló? ¡Tengo un problema! ¡Necesito ayuda! Esteban ... Esteban ... no ... me ... ¿aló? ¿También el corazón? ¿Lo tiene oprimido? No olvide tomar las gotas y cuando le cueste respirar ... ¡Mamá! ¡Oigame, se lo suplico! Después hablamos de eso. ¡Quiero volver a casa! ¡A casa! Esteban me maltrata, no puedo más. ¿Esteban? No, no está. ¿Para qué qué ...? ¡Claro que no estoy bien! ¿Aló? ¿Quién habla? ¡Mamá! ¡Quiero ir a casa! ¡No, no fue una discusión cualquiera! ¡Me ... me pegó! ¡Es cierto! ¡No, no puedo vivir aquí! Yo también la quiero, mamá. Gracias, pero ... Estábamos discutiendo porque yo le pedí que ... No, en realidad fue porque doña Berta tiró mis cosas y ... ¡No soporto más! Ya no puedo ni pensar. ¡Mamá! (Pausa). ¿Agua de azahar? Sí, mamá. (Desesperanzada). Gracias. Ya no importa. Claro, que me quede aquí. Comprendo. ¡Qué lejos la oigo! ¿Mamá? Quiero ... (Cuelga) ... volver a casa. (Pasea la mirada por el lugar con un aire perdido. Toma la escoba, la observa con amargura. Se acullilla, acufándola como si fuera un cuerpo agonizante; todo recuerda una pieta). "Leandra cae al precipicio. No hay ramas. No hay corrientes de aire. No pasa ni un cóndor por el cielo. Tiene un ala rota. Tiene rotas las dos alas. Hace frío. Es de noche y no queda ni una grulla por el cielo. Leandra sangra una vez, dos veces. Ya no viene nadie. No se oye nada. Leandra cae. Cae al precipicio. No viene nadie. La reina de las grullas no vuela nunca más".

TELON